

SE SUSCRIBE.

En la Administración Central, 8, principal, y en las principales librerías.

REDACTORES

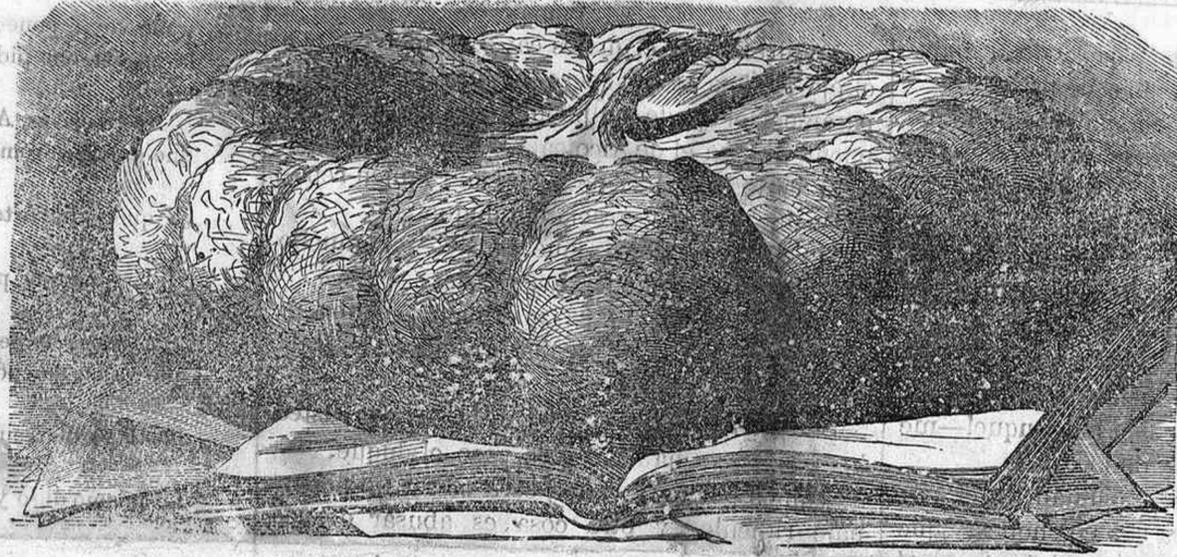
TODOS LOS ESPAÑOLES.

DIRECTOR:

JOSÉ E. AMÍROLA.

NUMERO SUERTO:

CUATRO CUARTOS.



SUSCRICION.

MADRID.

Un mes..... 4 rs.
Un trimestre..... 10
Un siglo..... 3200

PROVINCIAS.

Por correspondientes 14 rs.
Directamente a la Administración. 12 rs.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Tres meses..... 20 rs.

LA GORDA

PERIODICA LIBERAL.

(SEGUNDA EPOCA.)

ESTE PERIODICO SALDRA (SI EL TIEMPO LO PERMITE) SEIS VECES AL MES

TRISTEZAS Y ALEGRÍAS.

Creo que no me he divertido este carnaval.

La broma de Figuerola, pesada y pesada en lo relativo al cobro del cupon vencido en Diciembre, no diré que me sacó de mis casillas; pero sí que me ha sacado de mi casa, para alojarme en otra de menos precio.

Y hé aquí una mudanza menos ventajosa que la de radical á montpensierista, por mas que en esta sea tambien un poco enfadoso el arreglo de los trastos.

Además de haberme cogido el carnaval sin dinero, le he cogido yo á él tan falto de recursos, que alguna de sus mascaradas me ha hecho llorar: por ejemplo, la que representaba á Montpensier y su gobierno sobre burros que, como no llevaban máscara, se les conocía que eran españoles.

Esto, unido á la gracia revolucionaria con que la desvergüenza de unos cuantos se rie de España entera, me confirma en mis sospechas de que el carnaval no ha sido alegre, y de que la miseria general y un canalla propiamente dicho van á reinar sobre nosotros.

No todo, sin embargo, es tristezas en el mundo, aun tratándose de un mundo revolucionario.

La danza de gobernadores, esplaya un poco el ánimo. Es un baile que se va haciendo tan constitucional como el de San Vito, y que además es representativo de la perpétua inquietud á que están condenados los danzantes.

Los artículos de *La Iberia*, por otra parte, ensanchan el corazon y hacen que asome la sonrisa hasta en los lábios lívidos de los españoles muertos á manos del hambre, á manos de la compañía liberal de la Porra, ó á manos de los bandidos encargados de demostrar por los ámbitos de la Península é islas adyacentes, que la revolucion de Setiembre no ha sido estéril.

Confieso que no me es posible leer ese periódico radical, sin que las raíces de mis mue-

las, echándola de revolucionarias, se salgan de su alveolo.

La Iberia da por tan consumada la revolucion, la eleva á un grado de perfectibilidad tan sublime, que reconoce definitivamente que el género humano no tiene ya que dar paso alguno en las vias del progreso.

España, á los ojos de *La Iberia*, es un paraíso terrenal, y tiene razon si lo dice porque esto es el imperio de los Adanes.

España, tal como la pinta *La Iberia*, está desecha en júbilo ante el sufragio universal que hace salvos con bala; ante la seguridad individual basada sobre el revolver, ante la inviolabilidad del domicilio—cuando el domicilio es el Saladero,—ante los derechos de asociacion y reunion planteados de modo que no echen plantas; ante la soberanía nacional, en fin, puesta á los piés del gobierno.

En concepto de *La Iberia*, ya no hay para qué agitarse; no hay tampoco de qué hablar, ni de qué escribir, ni manera de engrandecerse mas que lo que estamos. No concibe las oposiciones, no concibe el descontento de los retirados, las viudas y los cesantes que no comen, no concibe siquiera cómo es que el cielo se nubla aun algunas veces, ni cómo truena; ni cómo diluvia, ni cómo la naturaleza no se muestra tan tranquila como ella lo está en las nóminas.

La Iberia, en resumen, colocando por sí sola con su pluma de albañil la cúpula grandiosa que el ministerio homogéneo reduce á las proporciones de un duque de Montpensier izado sobre el edificio revolucionario, dice con la formalidad propia de un guarda-canton:

«La revolucion de Setiembre ha venido á regularizar la administracion y á regularizar la Hacienda, concluyendo con los despilfarros y con las inmoralidades.»

Esto compensa muchas de mis tristezas y amarguras.

Esto revela que los radicales son capaces de regularizarse con el reinado de Montpensier, como se ha regularizado la Hacienda con la revolucion; es decir, disipándose.

No me importa, pues, que el carnaval no haya sido divertido, porque va á serlo el resto del año.

Concluidos los despilfarros y las inmoralidades, va á empezar una era nueva; la era en que trillarán los radicales bajo el látigo de los unionistas.

Las aguas de Alhama han tenido una virtud prodigiosa. Bañándose en ellas la España con honra, que bien lo necesitaba, vuelve con la piel tan untuosa, que, como las moscas en la miel, quedan á ella pegados los golosos progresistas.

En ellas se ha curado acaso la revolucion una interinidad; pero le sale otra que no llevará á los radicales Al-ama, porque harto han mamado, sino á la criada, que se les ha vuelto respondona.

El duque de Montpensier fué el pecado original de la revolucion, y ha de ser tambien su penitencia.

Báñese, pues, *La Iberia* á toda prisa en agua rosada.

La union liberal le prepara para en adelante un baño de maría, y como en los dias posteriores á la jornada del 22 de Junio, le dirá fraternalmente:

«¡Au baigne!»

¡Já, já, já! No se puede negar que los progresistas son muy divertidos.

PASO Á PASO.

Desde Portugal á Alcázar de San Juan, desde Alcázar de San Juan á Lisboa, de Lisboa á San Lúcar, de San Lúcar á Sevilla, de Sevilla á Alhama de paso para Madrid, de Alhama á la puerta de Fuencarral de paso para.....

¡Señor, qué viaje! Aun cuando el duque de Montpensier tuviera el trono en el espacio, no emplearía mas jornadas para llegar al término de su camino.

¡No! Aunque viniera por tránsitos de justi-

cia, no tardaría tanto, y las parejas de la guardia civil le harían caminar más de prisa.

Pero no se trata de justicia, ya sabe el duque que no tiene el trono en el espacio, sino en el bolsillo de D. Juan Prim, y que en el bolsillo de D. Juan Prim no hay guardias civiles.

Se trata simplemente de que el duque ha llegado por fin á Madrid; por fin, ha ocupado su casa; por fin, es un vecino de esta villa, y por fin, vive en la vecindad del Hospicio.

—¡Qué artículo tan gracioso escribirá LA GORDA con motivo de la venida del Duque!—me decía ayer un amigo mío y de la gracia.

—Mire usted, el otro día sacudían en el patio de su casa la lana para sus colchones; ¡qué flaqueza eh! viene á por lana y saldrá..... ¡pues! póngalo usted en LA GORDA.

Ah, y no olvide usted decir—añadía,—que ha llegado en un día de lluvia para lucir el paraguas.

—Y que va siempre con chanclos porque uno de los que le acompañan se llama Bache.

—Y que ha ido á visitar al regente que ocupa en palacio sus mismas habitaciones.

—Verá usted qué artículo tan gracioso como saque usted partido de estos datos.

Tres horas llevo delante de las cuartillas, y aunque, como escritor esencialmente manejable, he comenzado por apuntar cuidadosamente los datos de mi amigo, todavía no he logrado empezar á reirme.

Es verdad que desde hace algun tiempo, tal vez desde que he empezado á hacer reir al público, tengo la risa algo tarda, y cosas que como el duque de Montpensier me hacían antes reir á carcajadas, hoy apenas si logran ponerme serio.

De lo único que suelo reirme algunas veces, es de que la gente se ría tanto.

Porque ello es que para broma la cosa va demasiado larga: bien averiguado el caso pudiera resultar, que quien verdaderamente escribe LA GORDA es el país.

La prueba es clara. Nunca en nuestro periódico ha aparecido un chiste como este:

Montpensier ha llegado por fin á Madrid. Y á ratos se me ocurre esta idea terrible: ¡Si seré yo montpensierista sin saberlo! La idea no es tan absurda como á primera vista parece.

LA GORDA ha dado á Montpensier una ilustración que no tenía: nosotros hemos descubierto en él un sinnúmero de cualidades; su afición á la cocina, su amor á la gloria, su cicatriz, hubieran permanecido en la oscuridad de su propia modestia, á no ser por nosotros; lo que es, nos lo debe, como á él le deben otros lo que él quiere llegar á ser.

¡Canario! y uso esta inocente interjección con cierto recelo, creo que somos montpensieristas.

Figúrense nuestros lectores que el duque nos inspirara miedo; que nuestro miedo se hubiera hecho popular, como se ha hecho popular nuestra risa, y el duque no hubiera venido á Madrid.

No hay que reirse, nosotros le hemos traído. A fuerza de empequeñecerle, le hemos dado una importancia, que comprenderá cualquiera que haya tenido una pulga.

La importancia de la pequeñez. Es tan pequeño, que se cuela por todas partes.

No diremos de él que es capaz de meterse por el ojo de una aguja; pero sí que es capaz de pasar por el ojo de un puente, con tal que este puente no sea el de Alcolea.

Si desde Lisboa viene á Alcázar, ¿quién repara en ello? es una gracia del duque.

Si viene á Sevilla,—¡qué chiste!—es mucho hombre este duque de Montpensier.

Si llega á Madrid y se marcha á Alhama,—¿ha visto usted que cosa más graciosa...?—traía paraguas y chanclos.

Si llega á Madrid y se queda,—riase usted hombre—, ya ha dado otro paso el duque.

Vamos por partes: una cosa es ser un personaje ridículo, y otra cosa es abusar de sus prendas.

Me parece que el duque va abusando de la originalidad de su carácter.

Un día puede dar en la ridiculez de ir á visitar al regente y quedarse á dormir en palacio; á la mañana siguiente puede caer en el ridículo de presentarse á las Cortes para que le voten; por la noche puede ocurrírsele la idea bufá de que iluminen el balcón del principal con un ¡viva Antonio! y al día siguiente puede encontrarse el país con esta situación realmente cómica. Montpensier es rey.

¡Pero bah! todavía podemos reirnos; la cosa no es tan grave, como parecen indicar las amenazas á los carlistas.

Montpensier está en Madrid, las Cortes podrían votarle, el ejército podría callarse, el país podría tolerarlo; pero D. Juan Prim tiene metido el trono en el bolsillo; y este bolsillo es tan particular, que ni el duque de Montpensier puede meterse en él á pesar de ser un general tan pequeño.

LOS CASTAÑEROS PICADOS.

ENTREMESA.

(DE NOCHE)

ANTON.

Deja que imprima en la manaza bella el dulce beso de mi súcia...

PACO.

Basta:

no me vengas con prosa de sainetes; levántate del suelo y habla en plata.

ANTON.

No me mientes siquiera los metales, porque ya me quedé sin una blanca.

PACO.

¡Si me comprenderás! al grano, al grano.

ANTON.

No te puedo servir; vengo de Alhama.

PACO.

Pero ¿á qué vienes tú?

ANTON.

Pues á lo mismo; ya me entiendes, á echarte de tu casa.

PACO.

Esta casa es tan mía como tuya.

ANTON.

Pero tú me empeñaste la palabra y aunque vale la prenda pocos cuartos, tú debes por tu honor desempeñarla.

PACO.

¡Qué retóricas tienes!

ANTON.

Porque puedo: allá en los baños me dejé la escama,

y me voy á poner en la mollera la corona que piden mis hazañas.

PACO.

No te eleves, Anton, como aquel Caro que gratis se rompió toda su estampa.

ANTON.

¿Y qué te importa á tí que me la rompa?

PACO.

Es lástima que pierdas esa lámina.

ANTON.

Algunas he perdido ¡y del Tesoro! que valen mucho más, sin alabanza.

PACO.

Basta ya de recuerdos importunos.

ANTON.

Lo mismo digo yo, basta de charla.

PACO.

¡Conque tú me has tomado tanta tírria que no puedes vivir sin que me vaya!

ANTON.

Yo te adoro y te cedo el gabinete con tal de que me dejes en la sala.

PACO.

En cuanto no me quede otro recurso te daré el sitio por tu bella cara.

ANTON.

¡Cómo!

PACO.

Que lo decida la fortuna.

ANTON.

A propósito trage la baraja; las cartas hablan siempre como un libro.

PACO.

Pero ante todo déjame peinarlas.

ANTON.

¡Qué peine!

PACO.

Tirar puedes cuando quieras.

ANTON.

Allá voy. ¡Rey en puerta!

PACO.

Has hecho trampa.

ANTON.

Cuando echan un albur los caballeros no se paran en esas zarandajas.

PACO.

Quiere decir que pierdo la partida.

ANTON.

Me quisiste jugar una serrana y te salió la moza respondona.

PACO.

Tú sí que me jugaste una tostada.

ANTON.

¿No te conformas?

PACO.

Sí: que al fin y al cabo en la pérdida encuentro la ganancia.

ANTON.

¿Quién llama así á la puerta? ¡cuántos golpes! me cogen, como siempre, sin espada.

PACO.

¡¡El casero!!

ANTON.

¿Qué dices? ¡¡¡ El casero!!!

¡El diluvio llegó! Venga el paraguas.

PACO.

Vete al campo del moro, renegado, que el casero nos echa de su casa.

LA GORDA.

Así acaba, señores, el sainete: aplaudid á rabiar; silben las balas.

EL ALMA DE ECHEGARAY.

Los intereses más vitales de la sociedad y de la familia son hoy las cabezas de turco en que nuestros políticos ensayan el vigor de su muñe-

ca. Como el ejercicio endurece los músculos se va siempre progresando, y el mas brutal es el último puñetazo.

Ya conoceis el que ha descargado con robusto brazo el ministro de Fomento; miradlo bien: la cabeza ha marcado medio centímetro de ventaja sobre sus antecesores.

El derecho al error, y el derecho al mal necesitaban una fórmula práctica, y el Sr. Echegaray se la ha ganado con sus puños.]

Se suprime en la segunda enseñanza, la de la doctrina cristiana.

Se declara de texto la Constitución de 1869.

Ingenioso sistema de compensacion, por el cual al paso que se enseñará á nuestros hijos que no hay deberes, se les pondrá al corriente de que existen los derechos ilegislables, imprescriptibles é inalienables.

Sublime medida que abre á la juventud los horizontes de la existencia, libres de toda otra cortapisa que no sea el grillete ó la metralla.

De este modo podremos llegar tranquilamente á aquel amable estado social en que todo ciudadano tendrá el derecho de considerar en ciertos casos al resto de los hombres como á otra familia Kinck.

De aquí á la *unidad caótica* no habrá mas que un paso, y suponemos que el continuador de Ruiz Zorrilla lo reservará para el puñetazo próximo.

El Sr. Echegaray ha demostrado que es un buen ingeniero porque ha sabido ingeniarse; pero ¡si aplica á los cimientos de sus obras el mismo criterio que á los cimientos sociales, temo que sus puentes han de revindicar antes de mucho su imprescriptible derecho de venir al suelo.

Posible es que yo me equivoque y que el señor Echegaray haga mejor las paredes que las leyes, á imitacion de la inmensa mayoría de los albañiles.

Pruebas ha dado en efecto de ser hábil en construcciones, pues la construccion de algunas frases le ha valido la cartera con [que] nos fomenta, y la inteligente admiracion de la Tertulia progresista; pero confieso que á pesar de eso, cuando me embarco en el ferro-carril no puedo echar de mí el temor de descarrilar en algun sofisma del Sr. Echegaray.

No es agradable atravesar un viaducto de 40 ó 50 metros de elevacion sabiendo que el [que] lo construyó profesa el derecho al error, y lo que es mas lo practica. Y no quiero añadir el derecho al mal, porque basta y sobra con el primero para poner en cuidado al hombre mas flemático.

Se dirá que las leyes del equilibrio son inflexibles; pero no parece que tambien lo son las leyes fundamentales de la moral, y allí las estamos viendo reducidas á cascajo.

Enseñanza de los derechos individuales.

Supresion de la doctrina cristiana.

Hagamos mas comprensivo el pensamiento del arquitecto.

Quiere construir una nueva bóveda social, y empieza pegando un puntapié á la cimbría.

Los cuerpos gravitan hácia abajo: los espíritus hácia arriba. De esta fuerza centrífuga nace el equilibrio social.

Pero los matemáticos son feroces. A fin de que todo grave sobre la tierra, cortan las alas á la humanidad suprimiendo la esperanza de toda remuneracion de ultratumba.

Entonces el hombre, que no es un leño ni una piedra ya que se mueve por medio de un resorte anti-científico que se llama la voluntad, acude á pedir como es justo su parte alicuota en los gozes de la vida; pero como esto es contra las matemáticas, no hay mas remedio que inmovilizarle por medio del plomo y del hierro.

Si el pueblo aprende algun dia á construir bien este raciocinio, caro ha de costar á los ingenieros su prurito de convertirse en ejecutores de altas obras de la moral.

Una sociedad cuyos individuos han acabado de aprender los derechos individuales, y han empezado á olvidar el catecismo, es una sociedad en quiebra cuyas malas acciones tienen que venir forzosamente á parar á manos de algun logrero.

Todo lo mejor que puede sucederle es que el logrero se llame Sila, en vez de llamarse Neron ó Caligula.

Y ya que hablamos de bajo imperio, hagamos una suposicion por lo bajo.

Prim representa la bancarrota militar.

Figuerola la bancarrota á secas.

Echegaray no quiere ser menos, y pretende que nos caiga el terno de la bancarrota religiosa.

Pero como España tiene grandes reservas en cartera, se ve obligada á contentarse con abrir la boca en la *Gaceta* para hacer ver que le falta algo dentro.

No nos da el espectáculo de una bancarrota, sino de una boca-rotá.

Yo no me opondria que se cerrase á piedra y lodo, pero me detiene una consideracion higiénica.

Lo conciencia de su próximo fin tiene á la revolucion mal humorada, y no es prudente suprimirle esos derivativos.

Entre todos los géneros de insipiencia que hoy pululan, sabe Dios con cuanta abundancia, ninguno tan afflictivo, y sobre todo tan peligroso como el de esos seres que hacen alarde de no tener ni Dios, ni patria, ni padres, y que parecen el producto de alguna convulsion fortuita de la materia bruta. Cabezas en donde falta lo principal, y sobre todo lo accesorio, y que proclamándose misioneros del progreso regular é indefinido del espíritu humano, procuran sin embargo dar á entender que la humanidad ha estado tocando el violon hasta que ellos vinieron al mundo.

Cuando el azar de las revoluciones pone los mas caros intereses de un pueblo en poder de esta clase de pedantes, nada hay que parezca sagrado á su furiosa manía de hacerlos importantes.

Arrancarles la pluma del legislador para que vuelvan al compás y á la escuadra, me parecería obra tan meritoria como hacer volver al buey á su establo y al zapatero á sus zapatos.

Yo soy un pobre alineador de frases, susceptible como cualquier otro mortal de dejarme tentar por las sugerencias de la ambicion y del orgullo.

Pero declaro que me creeria el último de los hombres si sacrificara á cualquiera de estos sentimientos una sola verdad de las que componen el fondo social de todo pueblo y el patrimonio moral de todo cristiano.

Y no lo haria, sabiendo como sé que el último de los hombres puede ser el primero de los revolucionarios.

Guárdense honra semejante las inteligencias viciadas que piensan que los pueblos son como el queso, esto es, que los mejores son los mas podridos.

FANTASÍA.

Contemplando la barba mágica de Montero Tellinge, vino á mi imaginacion este artículo fantástico.

Qué de cosas ví cruzar por los aires desde el palacio real á las claraboyas del Congreso: desde la calle de Fuencarral á la presidencia del Consejo de ministros y desde la casa de la moneda al Saladero. El horizonte de Madrid aparecia poblado de fantasmas.

Volaba Rivero montado en una caña. Morret hacia gobernadores con un cortaplumas y un pedazo de madera. Y Prim, que tenia sin duda sabañones, llevaba las manos metidas lo menos en dos bolsas. La cabeza de Figuerola se habia adherido al cuerpo de una solitaria: formaban su cortejo, á la izquierda la Moralidad y Ortiz de Pinedo á la derecha.

Todas las creaciones de Echegaray flotaban por la atmósfera, proclamando al ministro de Fomento el Edgar Poé de la política. Y volaban algunas amas de cria dando de mamar con biberon á los niños, los derechos individuales.

Al rededor de una gran mesa, el regente daba á sus amigos un cocido diplomático, mientras el embajador de Austria aseguraba desde lejos á otros espíritus, que á veces las cuestiones de comedor se convierten en cuestiones de gabinete.

Como era una comida puramente española, el duque de Montpensier, que andaba por los aires, bebiendo los vientos, estuvo á punto de caer dentro de la sopa.

El ministro católico Topete meditaba sobre las ruinas de una iglesia, y pasaban por delante, saludándole, obispos cubiertos de cadenas, y monjas y sacerdotes cubiertos de miseria: á cada saludo de aquellos se descubria el buen católico.

Estaba muy oscuro el horizonte y sin embargo todo aparecia claro, pero en magnífico desorden.

Un regente sin brazos, algunos diputados sin cabeza, y una situacion sin cabeza ni piés, abarcaban el espacio; se aprestaban escuadras y escuadrones; pasaban algunos presidiarios, cuyas cadenas parecian cordones de ayudantes; volaban barras de metales preciosos, y la fé, la lealtad, y el honor y la vergüenza desaparecian á lo lejos.

Habia un movimiento extraordinario de lenguas y una quietud mortal en las fábricas. El camino del cielo estaba lleno de tropiezos, y el de la gloria obstruido por milicianos nacionales, que habian equivocado su camino.

Aleteaban pájaros de mal agüero por encima de algunas redacciones: se veian yuntas civiles imitando matrimonios, y una multitud de figurillas llenaban el aire, colándose por todas partes y posesionándose de todo.

Sobre aquel mundo fantástico descargó una nube de periódicos; tronaban los artículos de fondo; brillaban sus fuegos fatuos á manera

de relámpagos: una lluvia de blasfemias y sandeces inundó los campos y ciudades; el sentido comun apedreado se escondió en las cavernas, de donde salieron para pasar por canarios, los que eran antes racimos de murciélagos.

Cuando el torbellino estaba en toda su fuerza, una hoja de periódico vino á caer sobre mis manos.

Todas mis fantasías se empequeñecieron y desaparecieron ante las fantasías de *La Iberia*, que en una alucinación, digna de Hoffman, poblaba de millones el despacho de Figuerola, desahogando el Tesoro con solo una plumada.

La balada económica de *La Iberia* hizo borrar todos mis fantasmas.

Aquel esfuerzo de imaginación me parecía sobrehumano.

Porque Figuerola, convertido en genio, me hacía el mismo efecto que Montpensier transformado en rey de España.

Al fin, me espliqué de una manera lógica las fantasías de *La Iberia*.

En la literatura progresista, todo hombre baladí tiene que ser personaje de balada.

La verdad es que en Figuerola hay algo de fantástico. Cuando habla en el Congreso, su alma parece atravesada: al insultar á una señora, su espíritu revive, y cuando un hombre le pide explicaciones se suele dar por muerto.

Cada vez que veo á Figuerola se me representa una solemnidad triste del año.

Y digo para mí, ¿habrá trasladado la Iglesia revolucionaria al mes de Marzo el día de difuntos?

¡Quién sabe!

Solo hay un dato para conocerlo: cuando se acerca el día de difuntos, se venden coronas por la calle.

FISONOMÍA DE LAS SESIONES.

SESION DEL DIA 3 DE MARZO.—Siendo este un mes de suyo progresista, es natural que los progresistas se muestren alegres y retozones.

Un vicepresidente ocupa la silla presidencial, porque Ruiz Zorrilla, demasiado fogoso para seguir á Prim por las sendas tortuosas de los unionistas, prefiere continuar solazándose en su dehesa.

Ruiz Zorrilla á su manera también es inconsecuente; despues de haber prometido con toda solemnidad ir de reata del ilustre conde de Reus, le abandona cuando el conde de Reus está para llegar á su última jornada.

¿Y qué pensaremos del vicepresidente Rodríguez (D. Gabriel)? Imitando á Ruiz Zorrilla, este otro personaje hace dimisión de su vicepresidencia sin saber por qué; quizás porque habiendo olido algo de lo que hay dentro de la situación, ha tenido por conveniente decir:—«ahí queda eso.»

Y la Cámara dijo «venga eso», y recogió la dimisión.

El diputado Eraso, según unos por ganar tiempo, y según otros para que siga perdiéndolo la Asamblea, propone la abolición de la pena de muerte por delitos políticos.

Lo cual nos disgusta, porque siempre que la pena de muerte flota en la atmósfera política, huele á sangre.

Pero la verdad es que en esta sesión á lo que

huele principalmente es á progresistas y demócratas recién-comidos.

Montero de los Rios, Rivero, Martos, todos tres en los horrores de una digestión difícil, y viéndose cara á cara con la prisión del venerable obispo de Osma, han tenido los desahogos que son naturales en estómagos repletos.

Sus discursos no han sido precisamente erupciones volcánicas, sino eruptos repugnantes. A Montero de los Rios le repetía la sopa de los conventos, á Rivero los guisos municipales, á Martos los ajos y cebollas propias de una comidilla callejera.

Habia dicho el Sr. Manterola que el venerable obispo de Osma, sin embargo de haberse mostrado ingenuo y deferente con el Supremo Tribunal de Justicia, habia sido perseguido por los agentes del gobierno con astucia esquisita, preso con ostentación, maltratado con lujo.

Y hé aquí que el demócrata Martos, revisitiéndose de formas de beduino, como si se tratara de otro baile de trages en los salones del regente, se lamentaba de que el obispo de Osma no hubiese venido atado de piés y manos, de que no se le hubiese metido en una mazmorra.

Y los radicales, sintiendo bullir la sangre en sus venas con motivo de la primavera precoz que disfrutamos, pléticos con la yerba que ha visto despuntar Figuerola, figurándose que los obispos no son morados, sino verdes, querían comérselos.

El aspecto de la Cámara era ciertamente extraño; gritos, carcajadas, chocarrerías, interjecciones, todos los ruidos propios de una feria subían del salón á las tribunas.

Rivero y Martos se espresaban como si los carlistas estuvieran á las puertas del Congreso; la union liberal se habia escurrido como si Montpensier estuviera á las puertas de palacio; el país se estremecerá persuadido de que los bárbaros están dentro de Roma.

Terminada la sesión, los lobos que ahullaban contra el obispo de Osma, se habian tornado en corderos al saber la llegada del duque de Montpensier. Montero de los Rios se preparaba á retirar sus proyectos, Rivero á disolver las juntas carlistas, Becerra á transigir con la union liberal, Prim á convertirse en protector, y Martos á dejarse crecer la barba para tener el gusto de mesársela.

Se está viendo, pues, claramente, que no sin fundamento se considera á Marzo como el mes de los progresistas.

Por la noche remontó su vuelo Echegaray en defensa de las escuelas especiales, aunque sin obligarles á que la Constitución sea uno de sus libros de testo.

Es una fatalidad que Echegaray vuele de noche, porque se le confundirá con los murciélagos.

Pero la fatalidad ha sido suprimida por el ministro de Instrucción, y los vuelos nocturnos de Echegaray ya no serán fatales, ni se confundirán con otro ruido que el del vuelo de una soberana mosca.

SESION DEL DIA 4.—Los Sres. Cruz Ochoa y Vildósola, tiene la candidez de pronunciar dos buenos discursos contra el dictámen de la comisión en el suplicatorio para procesar al arzobispo de Santiago.

Cuando la Tertulia progresista pide obispo, es inútil pedir que se coriente con discursos secos.

FLAQUEZAS.

Siguiendo con la sonrisa en los labios los movimientos estratégicos del duque de Montpensier, tenemos que optar entre estas dos suposiciones:

O somos profetas, ó D. Antonio de Orleans se inspira en las palabras de LA GORDA.

Decíamos en otro número, que el bizarro duque pararía en un almacén de ultramarinos; y en efecto, ha puesto tienda á espaldas de su palacio, en una casa situada en la Ronda.

El lugar elegido para los conciliábulos nocturnos, indica que allí se tratan asuntos de trastienda.

Y como estos asuntos no pueden ser otros que la venta al pormenor, el establecimiento debe contar con cierto número de pesos.

Corren varios rumores en las bolsas acerca del objeto á que se trata de destinar este comercio.

Creen algunos que el duque establece en él para siempre su despacho.

Otros imaginan que comprará periódicos para envolver toda clase de cuestiones.

Los que conocen su historia militar, aseguran que pretende probar el temple de su espada, traspasando el establecimiento.

Y los mas previsores calculan que el duque, ya muy parecido á Aquiles por ser un puro talon, ha tomado el almacén para seguir imitándole y poder en el día de mañana retirarse á su tienda.

El demócrata Martos, que no ha podido nunca poner los piés en el ministerio de Gracia y Justicia ha puesto las manos en un obispo encarcelado.

Esto no pasa de ser una cólera trasnochada de un pretendiente de reemplazo.

Quiere insultar á los obispos ya que no puede gobernarlos.

No sabemos cómo las espaldas de Martos pueden resistir el peso de su alma.

Gabinete de la regencia.

Entra Rivero haciendo cortesías.

D. Nicolás.—Aquí traigo una lista de gobernadores para la estampilla de S. A.

El Regente.—Firmo, sí señor, porque no digan ustedes; pero conste que no me gustan.

D. Nicolás.—Con el debido respeto, haré presente que ha hablado V. A., y esto no era lo pactado.

El Regente.—¿Cómo ha hecho usted esos nombramientos?

D. Nicolás. (Turbado).—Así.... convino.

¿Han oído ustedes unas carcajadas?

Suenan en la Asamblea Constituyente, porque Rivero declara que Topete es el ministro católico por antonomasia.

¿Qué es antonomasia?

Es una figura retórica montpensierista, en virtud de la cual Topete resulta muy católico.

¿Qué son Córtes Constituyentes?

Son la triste figura que hacen diez y seis millones de católicos representados por una mayoría de incédulos, que se burlan de los sentimientos religiosos de sus representados.

Parte electoral. Garrotazos en Segovia. Muertos en Calatayud. Los pobres del Hospicio entretienen el hambre en Ciudad-Real votando á favor del gobierno.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE NOGUERA,
Bordadores, 7.